

A vueltas con Europa en tiempos de pandemia

Como cada año por estas fechas, acabamos de celebrar el Día de Europa; y, también como cada año, la conmemoración ha pasado inadvertida para la mayor parte de la ciudadanía y de los medios de comunicación. Lo hacemos el 9 de mayo para recordar que en ese día de 1950, apenas cinco años después de que el conflicto más devastador que ha conocido la Humanidad terminase en suelo europeo, el gobierno de uno de los países que más directamente lo había sufrido –Francia- invitaba al del Estado que ocupó su territorio –Alemania- a unirse en un proyecto visionario, abierto a la participación de otros vecinos, pero ideado fundamentalmente para sellar de manera definitiva e irreversible la reconciliación entre sus dos principales promotores. Qué mejor ejemplo de “altura de miras” política en tiempos de adversidad pensando exclusivamente en el bien común...

Aquella propuesta, recogida en la denominada “Declaración Schuman” por haber sido el entonces ministro de Asuntos Exteriores de Francia –Robert Schuman- el encargado de presentarla oficialmente, puso en marcha un apasionante proceso que desemboca en la Unión Europea que hoy conocemos y disfrutamos. Ni que decir tiene que, transcurridas ya siete décadas desde aquel momento fundacional, la paz y sus dividendos –bienestar, estabilidad y prosperidad- no son por sí solos suficientes para avalar a ojos de millones de europeos la pertinencia y las bondades de la integración; como es lógico, esperamos mucho más de la Unión puesto que nuestros problemas son otros y aquellos logros los consideramos ya adquiridos, forman parte afortunadamente de nuestro hábitat natural.

Es comprensible, pues, que en una situación como la que estamos viviendo los ciudadanos nos volvamos hacia a la UE en busca de protección; así debe ser ya que, al fin y al cabo, en su seno lo compartimos casi todo: desde los principios y valores esenciales sobre los que se asientan nuestras sociedades, hasta la actividad económica e incluso la moneda, pasando por la movilidad y buena parte de los derechos de los que disfrutamos. Lo que quizá no solemos tener tan presente, entre otras razones porque los responsables de nuestros gobiernos nacionales casi nunca son claros al respecto, es que por su propia naturaleza la Unión tiende a suscitar siempre más expectativas de las que cabalmente puede satisfacer con las capacidades reales de las que dispone, y que además su principal cualidad no es precisamente “el regate en corto” o la reacción inmediata, sino la definición de respuestas comunes basadas en el acuerdo entre diferentes.

En relación con lo primero, piensen por ejemplo en que el presupuesto de la UE no puede superar –porque así lo han querido hasta ahora sus Estados miembros- el 1% del PIB global de todos ellos. Con ese montante, poco más de lo que en España nos gastamos cada año solo en pagar las pensiones, tienen que financiarse todas las políticas de la Unión –incluidas algunas tan emblemáticas como la PAC o la política de cohesión- para casi 500 millones de europeos. Se comprenderá que el margen de maniobra para liberar recursos y reorientarlos de manera inmediata hacia la gestión de las consecuencias de la pandemia sea muy limitado. Aun así, se ha conseguido con varios miles de millones de euros a través de la acción de la Comisión; y, mucho más importante todavía, la decidida intervención del Banco Central Europeo ha evitado que la prima riesgo –es decir, el coste de financiación- de los Estados más endeudados y por tanto vulnerables, como España, se haya disparado en los mercados internacionales, algo que habría resultado dramático en los momentos que estamos viviendo. Todo ello ha sido posible porque Comisión y BCE son dos instituciones “independientes”, cuya capacidad de decisión no está directamente mediatizada por los intereses y percepciones políticas nacionales de cada uno de los Estados miembros de la Unión.

Pero claro, si lo que vamos a necesitar en los próximos meses –incluso años- es un volumen espectacular de recursos extraordinarios para financiar la recuperación, eso requiere por fuerza la adopción de medidas igualmente extraordinarias, muchas de las cuales nunca antes habían tenido que ser aprobadas y que incluso habrían resultado inimaginables hace tan solo unas pocas semanas; y esto, como es obvio, exige poner de acuerdo a los Estados miembros sobre cuestiones muy sensibles para sus gobiernos y para sus opiniones públicas nacionales. Valoremos por tanto en sus justos términos los avances que ya se han producido en este sentido y que van a permitir, por ejemplo, que desde el 1 de junio los Estados más afectados por la pandemia puedan solicitar un apoyo financiero muy amplio y en condiciones ventajosas para cubrir el incremento exponencial del gasto sanitario, del ocasionado por los ERTE y por las ayudas a los diversos sectores productivos; o el hecho de que en unos meses pueda estar disponible un “fondo de recuperación” mucho más ambicioso para los próximos años, que prácticamente duplicaría durante su periodo de ejecución el techo del 1% que hasta ahora ha lastrado la capacidad presupuestaria de la Unión. Es evidente que sin solidaridad en los momentos difíciles la UE perdería su alma, su razón de ser. Sabemos bien, no obstante, que esa solidaridad no se impone por decreto, ni siquiera cuando tienes la potestad para adoptar medidas excepcionales como el estado de alarma...

Con todo, y al margen de estas medidas de cuya eficacia depende en parte nuestro bienestar y nuestro futuro inmediatos, nos jugamos mucho más como europeos en la gestión de esta crisis. Porque si algo ha puesto de manifiesto la pandemia ha sido la extrema debilidad de la arquitectura internacional existente para hacer frente a una amenaza capaz de condicionar dramática y simultáneamente la vida de la mayor parte de la Humanidad: es escalofriante, si nos paramos a pensar, el desfase entre ambas realidades. Y lo que es peor, pese a estas carencias que a cualquier observador razonable le parecerían alarmantes, algunos se permiten el lujo incluso de aprovechar el desastre para intentar socavar la credibilidad y la operatividad de ese modesto entramado de cooperación. Pues bien, si la Unión Europea representa justamente lo contrario, su respuesta frente a la crisis y el éxito que eventualmente pueda cosechar en la misma cobran un valor universal como modelo alternativo para hacer frente a la adversidad.

Porque no lo olvidemos, antes que cualquier otra cosa, la integración europea constituye un gran proyecto de civilización.

Luis N. González Alonso
Director del Centro *Europe Direct*
Catedrático de Derecho Internacional Público
Universidad de Salamanca